Grupos de Discipulado — Nivel 8
SEMANA 3

Sabiduría para Vivir: Crianza de los Niños

En esta sesión, he procurado abordar una lección que podría tomar muchas semanas enseñar, pero voy a intentar hacerlo en unos cortos minutos. Hay muchísimo que decir y mucho más a lo que no podré llegar. Sin embargo, quiero llevarlos por lo que Proverbios enseña sobre la crianza, ver lo que dice y compartir sabiduría práctica en el camino. Una de las cosas que más me preguntan es cómo disciplinar a un hijo; eso es lo que veremos ahora, aunque esta sesión tratará solamente con niños pequeños. Si ya es difícil tratar el tema de la disciplina en una sesión corta, ¡cuánto más difícil sería abarcar un rango tan amplio de edades y todos los matices de los niños en las distintas etapas de su vida en una sola sesión!

Ahora, entiendo que esto no aplica de la misma manera a cada persona que escucha esta sesión. Hay muchos en nuestra congregación que tienen hijos pequeños, y también hay personas sin hijos o con hijos mayores para quienes esta etapa ya pasó hace mucho. Sin embargo, esto forma parte de la cosmovisión que tenemos como creyentes y de la sabiduría revelada de Dios. Tengas o no hijos pequeños en casa, tengas o no hijos, todos podemos entender, adoptar y transmitir los valores que nos da la sabiduría de Dios. Un maestro de escuela dominical soltero, una abuela, un padre de hijos adultos, un líder de jóvenes: todos necesitamos entender el valor y la mentalidad de la disciplina. Todos conversamos con personas en distintas etapas de la vida; ¡uno nunca sabe cuándo estos principios serán especialmente útiles para hablar con alguien! Así que, aunque quizá no estés en esta etapa de la vida, todavía puedes recibir mucho de lo que estamos hablando ahora.

Todos nosotros, sin importar nuestra vocación o llamado, los que seguimos a Jesús tenemos el mismo trabajo: la Gran Comisión. Nuestro trabajo es hacer discípulos. Cuando escuchamos las palabras de Jesús: “Vayan y hagan discípulos a todas las naciones,” muy pocas personas las aplican al trabajo de criar hijos. Criar a nuestros hijos, e incluso a nuestros nietos, no se trata de hacernos sus amigos ni simplemente de convertirlos en adultos productivos. Todas las personas pertenecen a Dios, y Dios nos ha dado a estas personas no para que sean nuestras, sino de Él. Se nos da la oportunidad de administrarlos durante los pocos años que están en nuestros hogares. Finalmente crecerán, saldrán de casa y criarán a sus propios hijos; mientras tanto, nuestro trabajo es ayudarlos a conocer a Jesús y a seguirlo toda su vida.

Esta no es una tarea fácil, pues Proverbios 22:15 dice que “El corazón del muchacho está lleno de necedad.” Nuestros hijos, al igual que nosotros, nacen en pecado con un corazón inclinado a la necedad que los llevará a la destrucción. Nuestro trabajo es sacar de ellos esa necedad y guiarlos por un camino de vida. Nuestro trabajo es llevarlos a Jesús, quien es el camino, la verdad y la vida, porque lo necesitan como Señor y Salvador tanto como tú

y yo. Lo primero que debemos hacer al criar hijos es llevarlos a Jesús; darles el mensaje del evangelio, ¡todo el tiempo!

Deuteronomio 6:6-7 dice: “Debes comprometerte con todo tu ser a cumplir cada uno de estos mandatos que hoy te entrego. **7** Repíteselos a tus hijos una y otra vez. Habla de ellos en tus conversaciones cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.” En otras palabras, hablamos de Dios todo el tiempo. Quizá no de maneras forzadas que hagan incómoda la conversación, sino en medio de la vida diaria. Por ejemplo, hace años mi esposa y yo, junto con nuestros hijos, veíamos un programa que nos gustaba mucho. Un episodio tomó inesperadamente un rumbo hacia la homosexualidad. Cuando terminó, mi esposa y yo hablamos con nuestros hijos sobre el tema y abrimos la conversación con ellos. Nunca evitamos temas difíciles o incómodos, aun cuando nuestros hijos eran pequeños; desde luego, les hablábamos con lenguaje y conceptos apropiados para su edad. Nunca evitamos esas conversaciones, porque si no les enseñamos la manera correcta de pensar sobre las cosas, el diablo les enseñará una manera pervertida de pensar. Estos hijos me fueron dados a mí y a mi esposa para administrarlos para Dios; no pertenecen al diablo. Por lo tanto, no le daré al diablo una oportunidad de torcer y distorsionar a mis hijos. ¡Así que hablaré de estas cosas!

Proverbios 4:1-4 nos da una instrucción parecida: “Hijos míos, escuchen cuando su padre los corrige. Presten atención y aprendan buen juicio, porque les doy una buena orientación. No se alejen de mis instrucciones. Pues yo, igual que ustedes, fui hijo de mi padre, amado tiernamente como el hijo único de mi madre. Mi padre me enseñó: «Toma en serio mis palabras. Sigue mis mandatos y vivirás.”

En este pasaje de Proverbios, Salomón, el padre, les dice a sus hijos que él también fue joven y tuvo que escuchar a su padre. Es la transmisión de la manera de vivir de Dios de generación en generación. Hay momentos de enseñanza, momentos en que nos sentamos e instruimos, y también hay momentos que enseñan: los momentos en los que se necesita disciplina y confrontación para sacar la necedad del corazón de un hijo por el bien de su alma. Proverbios 22:6 nos instruye: “Dirige a tus hijos por el camino correcto, y cuando sean mayores, no lo abandonarán.”

La disciplina trae honra

Comencemos viendo algunas realidades de la disciplina de los hijos. Hay tres realidades finales para ti y tu familia cuando hay disciplina en el hogar: primero, es piadoso disciplinar y trae bendición; segundo, el hijo se vuelve honorable; y tercero, tú serás honrado.

Proverbios 20:7 dice: “Los justos caminan con integridad; benditos son los hijos que siguen sus pasos.” Este versículo no habla explícitamente de criar hijos, pero sí habla de integridad. La integridad lleva la idea de totalidad: algo completo, no fracturado ni compartimentalizado; todo está integrado y funciona en conjunto. En otras palabras, nuestra vida de iglesia no puede ser diferente de nuestra vida en casa, y las cosas que

profesamos como seguidores de Jesús deben ser precisamente las que vivimos en el hogar.

Me pregunto si a veces hay una desconexión entre mamá y papá siguiendo a Jesús y los hijos alejándose del Señor. Entiendo que esto tiene muchos matices y que hay muchos factores involucrados. Al final, cada persona hará sus propias decisiones, para bien o para mal. Pero una de las maneras en que más podemos influir en esas decisiones es viviendo con integridad en casa y poniendo en práctica lo que profesamos como creyentes. De esta manera, los hijos ven una vida consistente de integridad, no fracturada ni enviando señales distintas. ¡Esa integridad afecta la bendición de los hijos que los siguen!

La crianza con integridad también traerá honra a los padres. Proverbios 27:11 dice: “Sé sabio, hijo mío, y alegra mi corazón. Entonces podré responder a los que me critican.” Entiendo que, en última instancia, criamos a nuestros hijos por el bien de ellos: para que conozcan a Jesús y lleguen a ser adultos productivos y responsables, con sus propias familias. Pero cuando se les exige vivir con entendimiento y ser respetuosos, obedientes y veraces, la gente lo nota y eso se refleja en los padres.

En contraste, Proverbios 29:15 dice: “Disciplinar a un niño produce sabiduría, pero un hijo sin disciplina avergüenza a su madre.” Además, hacer el trabajo difícil de disciplinar a un hijo, que francamente no es agradable, es una dificultad a corto plazo que traerá gozo a largo plazo. Proverbios 29:17 dice: “Disciplina a tus hijos, y te darán tranquilidad de espíritu y alegrarán tu corazón.”.

La mentalidad de la disciplina

Disciplinar a un hijo no tiene nada que ver con enojarte por algo que hizo y hacerle sentir la ira de tu represalia. Correr detrás de un niño con una chancla en el aire, gritando a todo pulmón, y luego agarrarlo, según lo que se haga, puede llegar a ser abusivo; pero también es necio e inútil para formar al niño en la manera en que necesita recibir entendimiento y sabiduría. Los hijos nos necesitan. Necesitan nuestras experiencias de vida, nuestra sabiduría, nuestro amor, nuestro entendimiento y nuestra presencia mucho más de lo que necesitan nuestras cosas o nuestro enojo. Proverbios 20:15 dice que “Las palabras sabias son más valiosas que mucho oro y multitud de rubíes.” ¡Ese es el tesoro que damos a nuestros hijos!

Disciplinar correctamente a un hijo para criarlo como seguidor de Jesús requiere una mentalidad distinta de simplemente pensar: “¡Soy su papá o su mamá y tiene que hacer lo que yo digo!”. Requiere una mentalidad diferente de solo enojarse cuando algo sale mal y aplicar una corrección instantánea desde el enojo. El otro extremo es no disciplinarlos en absoluto, ya sea porque crees que son muy inteligentes—¡no son más inteligentes que tú!—porque temes lo que el niño u otras personas puedan pensar, o porque hay temor de repetir patrones dolorosos del pasado.

Debe haber una mentalidad que vea el trabajo de ser padre no desde el temor ni el enojo, sino desde el amor y la compasión. Ambos requieren una mano firme de disciplina por parte de una persona serena y de temperamento equilibrado. Estos son algunos Proverbios que ayudan a distinguir la mentalidad de un padre en la crianza:

Proverbios 29:25 dice: “Temer a la gente es una trampa peligrosa, pero confiar en el Señor significa seguridad.” No podemos vivir con temor de nuestros hijos; vivimos con ellos procurando entenderlos. Buscamos comprenderlos, y ciertamente necesitan ser escuchados, no desechados. Pero nunca debemos temer su reacción ante la corrección que sea necesaria. Esto exige mucha perseverancia, fuerza de voluntad —lo que llamamos carácter de mamá y papá—y un corazón de amor que le diga al hijo mediante nuestras acciones que lo amamos demasiado como para dejar que arruine su vida con comportamientos que todavía no entiende, ni comprende sus consecuencias. Sin duda, este es un trabajo difícil y ninguno lo hace perfectamente. Sin embargo, Proverbios 19:18 dice: “Disciplina a tus hijos mientras haya esperanza; de lo contrario, arruinarás sus vidas.”

Parte de la mentalidad de criar a un hijo en el camino del Señor, especialmente cuando es muy pequeño, es no dejar pasar las cosas sin confrontarlas. Es una mentalidad de consistencia. Si mentir es malo una vez, es malo siempre. Si debo ser obedecido hoy, debo ser obedecido mañana. Proverbios 20:12 dice: “Los oídos para oír y los ojos para ver: ambos son regalos del Señor.” Yo creo que Dios da a los padres una gracia especial para ver lo que sucede en la vida de sus hijos y no dejarlo pasar sin confrontación.

Como padres conocemos a nuestros hijos. Conocemos sus tendencias y muchas veces vemos los motivos con los que hacen las cosas. Dios nos ha dado ojos especiales de mamá y papá que ven, y oídos de mamá y papá que oyen. Es una gracia para ver lo que está sucediendo en la vida de nuestro hijo y ayudarlo a entender y procesar lo que pasa. Muchas veces ese proceso necesitará acciones disciplinarias específicas. Como Dios nos ha dado la gracia de ojos que ven y oídos que oyen, nosotros como padres también necesitamos orar diligentemente por nuestros hijos. Mi mamá me contó que, cuando yo tenía unos cuatro años, hacía cosas que les causaban preocupación. No eran abiertamente perversas ni había hecho algo que exigiera disciplina, pero había algo lo suficientemente fuera de lugar como para preocuparlos. Mis padres empezaron a orar por mí y pidieron que Dios les diera un momento en que legítimamente pudieran llamar mi atención a comportamientos específicos que necesitaban corrección. ¡Dios es tan fiel! No pasó mucho tiempo antes de que Dios les diera la oportunidad de corregir algo dentro de mi corazón, y poco después acepté a Jesús en mi corazón como mi Señor y Salvador.

El corazón de la disciplina

Orar por nuestros hijos, vivir procurando entenderlos y no ignorar lo que sucede delante de nosotros nos lleva de una mentalidad de disciplina al corazón de la disciplina. Para Teresa y para mí, la disciplina rara vez se trataba simplemente de la acción que se había hecho, sino del corazón detrás de la razón por la cual se hizo. Si solo se corrige la acción, pero no

se da entendimiento, el corazón no tiene oportunidad de crecer; solo es una mente que aprende a hacer las cosas de otra manera por razones que no comprende completamente. Corregir solo las acciones es como arrancar las hojas de un árbol esperando que el árbol se seque. Puedes arrancar las hojas, pero volverán la siguiente temporada. Para sacar el árbol, hay que cavar la raíz. Las acciones son simplemente las expresiones externas de lo que sucede dentro del corazón de un hijo.

Proverbios 22:15 dice sin ambigüedad que la necedad está ligada al corazón del muchacho, y Proverbios 20:11 dice: “Aun a los niños se les conoce por su modo de actuar, si su conducta es o no pura y recta.” Durante todos los años en que nuestros hijos eran pequeños, cuando un maestro, un entrenador u otra persona de autoridad confiable que convivía con ellos u observaba su conducta nos informaba de algo que nuestro hijo había hecho, nunca nos poníamos automáticamente del lado de nuestros hijos ni los justificábamos diciendo: “Es que el maestro no lo quiere,” o “Ese otro niño siempre se mete en problemas.” Procurábamos averiguar los hechos de la situación, y si en verdad nuestro hijo tenía la culpa, lo corregíamos en vez de creer que era incapaz de hacer algo malo.

Creo que esto es sabiduría, porque nuestro trabajo no es ser sus amigos; nuestro trabajo como padres es confrontar la necedad que está ligada al corazón de cada hijo. Y puesto que la sabiduría de Dios dice que puedes conocer a un hijo por sus frutos, si sale fruto malo, no le hace ningún bien al niño simplemente culpar a alguien más y dejarlo libre sin confrontación, diálogo ni disciplina. Proverbios 29:21 advierte: “El sirviente mimado desde pequeño se volverá un rebelde.” Si damos excusas y justificaciones, si cedemos a todo lo que el hijo quiere, estamos formando a un rebelde que finalmente traerá mucho dolor a nuestro corazón en los años posteriores. Una vez más, estamos tratando asuntos del corazón que van mucho más allá de acciones simplemente cuestionables.

Como dice Proverbios 27:19: “Así como el rostro se refleja en el agua, el corazón refleja a la persona tal como es.” En otras palabras, cuando hay un asunto del corazón, debe tratarse al nivel del corazón. Es mortal y fatal no confrontar a un hijo en la necedad de su corazón. Como dice Proverbios 22:15: “El corazón del muchacho está lleno de necedad, pero la disciplina física la alejará de él.” Y otra vez se nos advierte en Proverbios 21:16: “La persona que se aparta del sentido común terminará en compañía de los muertos.”

Cuando hablamos de asuntos del corazón, yo siempre miraba las cosas en la vida de nuestros hijos como semillas. Con demasiada frecuencia, los padres dejan que semillas de mentira, desafío o berrinches se siembren por demasiado tiempo. Cuando una semilla de mentira cae en el corazón de un niño—o cualquier semilla pecaminosa—y por primera vez la ves brotar y empezar a producir su fruto feo, es mucho más fácil arrancarla del corazón en el momento en que aparece, que poner excusas y dejar que eche raíces profundas. Años después, cuando todos están probando sus frutos amargos, es mucho más difícil arrancar esa planta. Es mucho más fácil hacerlo cuando son pequeños y muy jóvenes.

Un cuerpo físico entrena el alma

En el mundo actual se vuelve muy delicado hablar de disciplina física. Vivimos en una cultura que se ha vuelto escéptica e incluso crítica de la disciplina física, y no todo eso es por malas razones. Ciertamente puede haber abuso físico cuando los padres están enojados y fuera de control. De ninguna manera estoy defendiendo eso. Tampoco estoy defendiendo la ausencia de toda disciplina física. Por medio de la disciplina del cuerpo se forma el alma. Saquemos esto de la crianza por un momento y pongámoslo en el contexto de nuestro propio caminar cristiano. El ayuno es una privación física temporal para que nuestro espíritu sea más sensible al Espíritu de Dios. Las disciplinas espirituales también se forman por medio de la disciplina corporal.

Ya mencionamos el ayuno, pero también disciplinamos nuestra alma y nuestro espíritu para prestar atención al Señor al poner nuestro cuerpo físico en un lugar donde pueda estar a solas y concentrado, lejos de las distracciones. No estoy insinuando que Dios nos da enfermedades para lograr madurez espiritual, pero muchas veces la enfermedad física nos fuerza a una nueva perspectiva de resistencia y fe que de otra manera no hubiéramos tenido. Entiendo que hay padres que tienen una aversión a la disciplina física, y no juzgo a nadie por esas convicciones. Sin embargo, les presentaría que si pueden confiar en la Palabra de Dios en todas las cosas, también pueden confiar en ella en esta. En la crianza, consideren Proverbios 20:30: “El castigo físico limpia la maldad; semejante disciplina purifica el corazón.”

De la misma manera, la disciplina física de un hijo también entrena su alma y lo guarda de patrones destructivos. Permítanme reiterar que la disciplina física no se hace desde el enojo, sino que es un acto de liberación para el hijo. Proverbios 23:13-14 dice: “No dejes de disciplinar a tus hijos; la vara de castigo no los matará. La disciplina física bien puede salvarlos de la muerte.” Hay cinco asuntos del corazón por los que disciplinábamos físicamente a nuestros hijos, porque consideraba que eran las cinco cosas más destructivas y las que más rápido los llevarían por un camino hacia el infierno: la manipulación—incluyendo los berrinches, la desobediencia, la mentira, esconderse y el desafío.

Cuando mis hijos crecieron más allá de la etapa en que la disciplina física era apropiada, hablé con cada uno de ellos. Les dije que, aunque ya no serían disciplinados físicamente por mí ni por su mamá, el propósito había sido ayudarles a aprender que sus acciones tienen consecuencias, y que mientras más grandes fueran, más graves llegarían a ser esas consecuencias. Si hacen algo terrible siendo niños, quizá reciban alguna disciplina física; pero si hacen algo terrible siendo adultos, muy bien podría arruinarles el resto de la vida y desearían el día en que la única consecuencia hubiera sido una disciplina física momentánea. Pero si hacemos el trabajo difícil cuando son pequeños, habrá mucho gozo cuando sean grandes.

No digo esto desde un punto de vista teórico. Tres de mis cuatro hijos ya son adultos, y el cuarto está muy cerca de serlo. Fuimos muy diligentes cuando eran pequeños y ahora que casi todos han crecido y están entrando en sus años adultos, han sido puro gozo para

nosotros. Se están convirtiendo en nuestros amigos mientras nuestros años de crianza llegan a su cierre. Tenemos el gozo de verlos tomar buenas decisiones, seguir a Jesús y buscar su voluntad para sus vidas.

Proverbios 21:21: “El que busca la justicia y el amor inagotable encontrará vida, justicia y honor.”